

AL LUMINOSO RECUERDO DE FEDERICO WILHELMSSEN

El año 1996 que acaba de terminar ha sido cruel con nosotros. Al decir nosotros me refiero a quienes militamos en las banderas del tradicionalismo español, principalmente del carlismo. Se nos ha llevado, entre otras figuras preclaras, a Federico Wilhelmsen, ese americano de ascendencia danesa que tanto ha aportado al catolicismo tradicional y a nuestra patria.

Wilhelmsen ha fallecido en Dallas el pasado mes de mayo de una forma súbita e inesperada, a los 73 años de edad. Nunca, sin embargo, en los casi cincuenta años de nuestra amistad pude ver en él un hombre de edad provectora, mucho menos un anciano. En mi imagen fue siempre un muchacho entusiasta y comunicativo por el que fueron pasando los años, cuyo pelo se hizo blanco, pero sin abandonar jamás el perfil psicossomático con el que lo conocí a poco más de los treinta años de su edad. Su gran corpulencia un tanto desgarbada, su jovialidad, su impulso vital contagioso, la agudeza y la alegría de su decir se comunicaba al interlocutor como un baño de rejuvenecimiento.

Yo lo conocí en Avila en una fecha que mi memoria no me permite precisar, pero que situó a mediados de la década de los cincuenta. No recuerdo tampoco las circunstancias de aquella nuestra visita en años ya tan lejanos. Alguien nos había hablado de un profesor de Filosofía norteamericano, católico, que había venido para conocer España y también el carlismo. Fuimos a verle Ignacio H. Larramendi con su mujer y yo con la mía. Encontramos al matrimonio Wilhelmsen instalados en un viejo caserón de la Ciudad de los Caballeros, sufriendo la falta de calefacción y de confort propios de una España cuya postguerra, largamente prolongada, no podía alcanzar ni de lejos el nivel de comodidades a que ellos estarían acostumbrados.

¿Cómo habían llegado a ese inhóspito invierno abulense aquel profesor americano con su joven esposa y ya nacida alguna de sus hijas? Recuerdo que un ambiente de cordialidad y de comunidad emocional se instaló en seguida entre nosotros. Recuerdo también que aquel su primer contacto con España y con su historia hecha piedra me evocó el periplo espiritual de San Agustín cuando, tras

su lectura del *Hortensius* de Cicerón, vislumbró la verdad y no cesó de buscarla, de acercarse a ella, hasta su conversión a la fe y su plenitud en la santidad.

No sé qué le inspiraría aquel extraño viaje desde California a una España entonces casi aislada y llena de privaciones y austeridades. El fue ante todo un filósofo tomista en el más amplio y noble sentido del término, pero siempre proyectaba su mente hacia la pasada realización histórica de ese pensamiento y, sobre todo, hacia una futura restauración de la Cristiandad católica. Tal vez hubiera leído en la magna obra historiográfica de Hipólito Taine la perplejidad que el autor expresó en algún momento de su discurso: hay un momento extraño en la historia universal que se sustrae a su método determinista y que no puede explicarse por los factores de raza, medio geográfico y circunstancia evolutiva del devenir histórico: se trata de la España del siglo XVI, esa obra colosal cuyas motivaciones parecen superar esos condicionamientos positivistas. O tal vez esa inspiración le viniera por la vivencia de las huellas que en la California en que vivía dejaron los españoles y por la cercana civilización católica del barroco que aún pervivía en Méjico, en sus momentos y en el alma y la fe de sus nativos.

Y como por el hilo se saca el ovillo, aquella «sublime decisión» de venir a España, precisamente a Avila, le puso en contacto, no sólo con el arte y la mística de la Vieja Castilla, sino con las vetas más auténticas del tradicionalismo español, culminando este proceso agustiniano hacia la verdad hasta encontrar el carlismo más vivo y militante. Porque, como ha escrito el P. Osvaldo Lira —otra de las grandes figuras del tradicionalismo hispánico que nos ha llevado ese cruel 1996— «la doctrina expuesta por Vázquez Mella (el carlismo) no es UNA política, es LA política a que debe adherirse quienquiera desee ver realizados en la vida colectiva de la sociedad civil los principios fundamentales de la moral cristiana y de la filosofía escolástica.

Wilhelmsen no se quedó a las puertas del Carlismo como tantos otros pensadores y eruditos, sino que penetró en él con el mismo fervor y entrega con que San Agustín abrazó la fe. Se integró en tal grado que para los carlistas llegó a ser uno más de los suyos, un requeté de primera línea. ¡Cuántas veces lo habré encontrado con su boina roja en concentraciones, misas o romerías! Ya dentro del Carlismo escribió un precioso libro *La crisis de Occidente y los cristianos* y un opúsculo firmado por «Un Requeté» que tituló *Así pensamos*. Es este quizá la mejor exposición en breve síntesis de los cuatro lemas carlistas de Dios, Patria, Fueros, Rey. Especialmente su primer capítulo constituye una profunda y muy inteligente defensa de la confesionalidad del Estado y de la unidad católica de España. En su portada figura un fresco de la bóveda del Monasterio de El Escorial que representa a Carlos V y Felipe II ofreciendo a la Santísima Trinidad las coronas del Sacro Imperio y de España respectivamente, así como el globo terráqueo que en aquel tiempo fue el asiento de su poder.

Sus grandes empeños recibieron del Carlismo todos los humildes homenajes

que le era posible otorgar: su amigo entrañable José Arturo Márquez de Prado, jefe nacional de Requetés, le nombró capitán honorario de Requetés y el que fue abanderado de la Causa y depositario de la Legitimidad, don Javier de Borbón-Parma, le concedió la Orden de la Legitimidad Proscrita.

Después de varios años de permanencia en España donde impartió cursos en la Universidad de Navarra, y de alguna incursión en Oriente Medio, Wilhelmsen regresa a EE.UU. en 1965 para realizar una extensa labor docente en el Centro de estudios Irving, Texas, formado por la Universidad de Dallas, el seminario diocesano, un convento dominico y una abadía cisterciense. No por ello rompió su constante colaboración con España y el carlismo. A través de la revista *Triumph* que él fundó y otras similares intentó introducir un germen de hispanismo católico en Norteamérica, reuniendo lo que él llamaba «la tribu confesional» dentro de una sociedad liberal y protestante. Durante varios veranos vino a El Escorial con un grupo de discípulos americanos para que entrasen en contacto con el espíritu de la antigua catolicidad y asistieran a un curso de conferencias que él, y otras personas como yo mismo, impartimos a esa benemérita peregrinación que repitió el viaje durante varios veranos. Su objetivo ideal no era menos que restaurar la cristiandad a uno y otro lado de los mares. En carta desde Bagdad de marzo de 1961 me explicaba sus razones para haber aceptado un puesto docente en la Universidad de Navarra. «Aunque no veo un futuro inmediato —me decía— por lo que respecta a la instauración del orden cristiano, podrá desarrollar mi propio pensamiento y así ayudar a la Causa con más eficacia en España que en América. Las pesquisas que tratan de unir la ontología de la existencia con una visión católica de la vida social encuadrada dentro de la historia tienen todavía más público en Europa que en EE.UU.»

Federico Wilhelmsen fue ante todo un filósofo tomista que alcanzó fama internacional en sus libros y conferencias. Entre aquellos, un esclarecedor tratado de Epistemología (*Man's Knowledge of Reality*, 1956) que, reeditado muchas veces, se ha usado como texto en varias universidades; y el último cronológicamente, *Being and Knowing* (1991) que recoge sus estudios más importantes. Tenía nuestro autor la rara habilidad de desmenuzar las teorías metafísicas y teológicas del Aquinate para iluminar con ellas las cuestiones más actuales y candentes de nuestro tiempo. Lograba así —se ha escrito de él— entusiasmar a generaciones de estudiantes y de lectores en varias lenguas. Pocos filósofos serios del siglo XX han sido capaces de dramatizar conceptos abstractos ante el público y de expresarlos en prosa tan vibrante como este americano de ascendencia danesa. En cuanto a mí he escrito más de una vez que con poquísimos interlocutores he logrado una sintonía de pensamiento y emociones como con él.

Su siembra de fe y entusiasmo ha sido extensa y profunda, y fructificará a uno y otro lado de los mares. También ha prendido en sus tres hijas, sus continuadoras en las mismas convicciones y en igual labor docente en América. Alexandra, la mayor, ha recorrido toda Europa investigando en archivos públicos y

privados las fuentes históricas del Carlismo. Recientemente ha sido premiado y publicado en Madrid un importante volumen del que es autora con el título *La formación política del Carlismo (1810-1875)*. Elisabeth ha dedicado diversas obras a San Juan de la Cruz. Y Juliana continúa los cursos de verano en España que su padre inició..

Descanse en la paz del Señor el amigo y, por tantos conceptos, maestro, que supo arribar a las playas del Carlismo español desde lejanos ambientes geográficos y espirituales para insuflarle fe y esperanza en los momentos en que más lo necesitaba. Y ello por sí mismo, en la pura y simple búsqueda de la verdad, como San Agustín llegó hasta la Iglesia de Cristo y la santidad.

RAFAEL GAMBRA